



Pilar Romera

Los impostores

DESTINO

Los
impostores

Pilar
Romera

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1484

Título original: *Els impostors*

© Pilar Romera, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S. A. U. (2019)

Primera edición: noviembre de 2019

Esta obra ha contado con el apoyo de las
Becas de escritura Montserrat Roig del programa Barcelona
Ciudad de la literatura del Ayuntamiento de Barcelona.



ISBN: 978-84-233-5642-3
Depósito legal: B. 23.348-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Albert

El gusto de sangre en la boca. Metálico. Amargo.

Había sido una noche muy larga aquella. Larguísima. Albert no recordaba ninguna otra así. Ni tan siquiera aquellos atardeceres durante la guerra, eternos, cuando la aviación italiana bombardeaba Barcelona una y otra vez, incesantemente, y, ateridos y angustiados, se refugiaban en el metro, como escarabajos que huyen de las ráfagas de luz que caen del cielo. Él, la familia, los vecinos, se acurrucaban en la estación del metro de Liceu y sentían aquel miedo sordo e intenso que se aferra a las entrañas y se cuela en el tuétano de los huesos. Aquel miedo que no deja pensar, que desconecta el cerebro de los músculos que mueven el cuerpo. Que hace que actúes siguiendo solamente el instinto más primario y brutal. Sobrevivir. Por encima de todo. Por encima de todos.

Bombas, y Albert escondiendo debajo del abrigo los pantalones meados. Otra vez.

Dora cogiéndole fuerte de la mano.

Sus padres con aquella mirada perdida. Dos buenas personas que nunca deberían haber vivido aquel desastre.

La guerra.

Diez años después, no había vuelto a sentir aquel terror irracional hasta ese momento. Hasta ese día de mayo. En esa celda. Con esa gente.

Albert tragó saliva mezclada con un poco de bilis y con la lengua notó cómo una muela se le movía. No quiso tocarse la mejilla a pesar de que el escozor lo aturdió. De manera infantil se negaba a reconocer la gravedad de sus heridas. Lo que no se dice, no existe. Cerró los ojos al pensar que, si sobrevivía a aquella noche, un monstruo increíblemente más poderoso y omnipotente que los recuerdos de los bombardeos, ya diluidos en el tiempo, dominaría sus sueños. Un monstruo nuevo y terrible que añadir a la larga lista.

La luz del alba de un día de mayo espléndido, como suelen ser en Barcelona los días de primavera, iluminó la celda. El paisaje desvaído que desvelaba la luz mortecina de la bombilla de mínima potencia, que se balanceaba del techo sucio en una oscilación inconexa, se estaba retirando, y los rayos del sol que se iban colando por el ventanuco de medio arco pegado al techo y fuertemente barrado mostraban, con toda crudeza, la monstruosidad de aquel subterráneo, de aquella celda pintada de gris que, ahora ya lo sabía con toda certeza, era la entrada al infierno.

Albert yacía boca abajo en el extremo izquierdo de la celda. El único mobiliario era una sencilla mesa de madera y una silla de mimbre. Una silla como la que tenían sus abuelos en el pueblo, de madera bastante trabajada y mimbre, antigua pero muy bien conservada, bonita incluso. Incongruente.

Como un payaso en un funeral. Discordante. Como un militar en una universidad. Improcedente. Como todo lo que estaba pasando. Ver aquella silla le había dolido más que todos los puñetazos que había recibido en el estómago. Que el puntapié en la boca. Que la orina que un policía gracioso le había vertido encima. La visión fuera de lógica de aquel objeto inocente, tan de pueblo, tan de la infancia, le desbocó una nostalgia profunda, un sentimiento tan doloroso que lo dejó desgarrado en aquel rincón. Esa silla de mimbre había sido, al final, la tortura psicológica más eficaz.

—Joder, chico, cada vez os reclutan más gilipollas. Si no te hemos ni tocado —pausa— todavía... —Uno de los policías, el más proclive a mearse encima de los detenidos, lo miraba burlescamente desde el umbral de la puerta—. Si estás llorando como una niña que llama a mamá. ¡Comisario Fuentes! Estos criajos no tienen ni media hostia.

Miró al policía veterano, que fumaba parsimoniosamente un cigarrillo mientras el humo le achinaba los ojos.

—¡Ah! —Suspiró—. ¿Recuerdas cuando alojamos a los hombres del Pallarès? ¡Aquello sí que era trabajar con material de primera!

El comisario Fuentes, hombre corpulento y barrigón, de abundante bigote y cabeza grande, esférica y pelada, dio una profunda calada a un Ideal mientras levantaba las cejas en un gesto a medio camino entre la nostalgia y el respeto. La voz profunda surgió a la vez que expulsaba el humo y el acento fuertemente catalán, occidental, tan parecido al del

pueblo, sorprendió a Albert casi tanto como el desatino entre aquel físico poco épico y la autoridad incontestable que emanaba.

—Aquella gente tenía unos huevos como los de un toro. Llevaban media vida pegando tiros. La guerra, en Francia contra Hitler, luego el maquis. De vuelta de todo y con nada que perder. Gente áspera y currada. Gente dura.

El otro policía asintió con una sonrisa esquinada.

—Si el mierda del Eliseo Melis no los hubiera delatado al director Quintela, hubieran hecho mucho mal. Estaban organizados y sabían lo que se hacían. No parecían cenetistas realmente, sino comunistas. ¡Muy disciplinados! —Se carcajeó ruidosamente—. ¡Buah! Y mira que le pegamos de hostias al Pallarès y no soltó prenda el hijo de puta. —Fuentes asintió mientras daba otra calada—. Todos sabíamos que era el secretario general de la CNT. Hostias para parar un tren, le dimos. Pero no hubo manera de sacarle ni un mal nombre...

El humo tejía filigranas al elevarse entre el aire viciado y los tímidos rayos de sol. Fuentes afirmó con gravedad.

—Esteban Pallarès los tenía muy bien puestos. Un tipo listo y leal. Con principios. Y espabilado como era, sabía perfectamente que de esta celda no saldría vivo. Aguantó lo que aguantó porque no tenía ninguna esperanza de salir de esta. Y porque esta gente tiene una gran fe.

—¿Fe? No me jodas, Fuentes, ¡que son todos unos ateos y unos quemaiglesias! —El policía meón estaba atónito.

Fuentes lo miró con condescendencia, mientras notaba cómo el pinchazo habitual en el duodeno y el reflujo subsiguiente lo hacía jadear de manera imperceptible. Negó levemente con la cabeza y se presionó el pecho a la altura del esófago en un vano intento de detener la quemazón. «¡Ya no estoy para estas sandeces.» Y, en un segundo, sin querer, volvió a los campos de frutales de su padre, en Seròs, al olor de los tomates del huerto, cuando de crío los cogía. Volvió a fumar a pesar de saber que el escorzor empeoraría, mientras pensaba que la nostalgia quema cien veces más que la úlcera. Y la mala conciencia, mil.

Tranquilo, todo esto acabará pronto. Tienes que hacer lo que toca. Ya queda poco.

Se sentó en la silla de mimbre, maldiciéndose por ese momento de debilidad, mientras de reojo comprobaba cómo Albert, ovillado en un rincón, escuchaba atentamente.

—¡No estoy hablando de la fe en Dios Nuestro Señor, hombre! Sino de la fe inquebrantable en sus ideales. Equivocados y enfermizos, por supuesto —precisó rápidamente. En vía Layetana los muros oían—. Esta gente tiene una fe indestructible en la posteridad. En la lucha de clases, en la utopía socialista, en la justicia, en todas estas gilipollices. Todos estos son unos iluminados más fanáticos que veinte curas juntos. Antes se dejarán descuartizar que delatar a un camarada. —Resopló, y se levantó despacio de la silla—. Además, son conscientes de que si los trincamos no hay salvación posible. Lo que te decía, el Pallarès tenía claro que la había cagado.

Aguantó el martirio lo más dignamente que pudo y no bajó la cabeza ni cuando lo fusilaron en el Campo de la Bota.

Fuentes observó con detenimiento el cigarrillo humeante que aguantaba entre el índice y el anular, y lanzó una mirada metálica que atravesó a Albert en su rincón.

—A veces pienso... —se detuvo a fumar otra vez mientras sentía cómo una ira antigua le iba creciendo— que esos hombres son mártires. Como los mártires cristianos en el circo romano. —Se dirigió al otro policía que lo escuchaba con los ojos como platos—. Piénsalo. Son hombres de fe que siguen un dogma y se dejan torturar por la causa. Contra eso es difícil luchar. Grandes contrincantes.

Dejó el pitillo sobre la mesa con cuidado y cogió la silla de mimbre hasta situarla a dos pasos de donde Albert temblaba. Se sentó con parsimonia. Se arregló las perneras de los pantalones y se alisó la camisa, arrugada y manchada de su sangre.

«Estoy cansado. Necesito un coñac y necesito un poco de mandanga. Acabemos con esta farsa.»

—Vosotros, criaturitas. Tú y tus amiguitos de la universidad no les llegáis a los viejos camaradas ni a la altura del betún. ¿Por qué? Porque no habéis entendido de qué van las cosas por aquí. Esa gente se ha dejado media vida en los montes. En Francia. Os pensáis que sois unos guerrilleros por imprimir cuatro octavillas y colgar cuatro carteles. Todavía no hemos acabado de partiros la cara y ya estáis llamando a mamá.

Albert lo miraba en silencio cuando, de improvi-

so, Fuentes le pegó una patada en los riñones que lo hizo encogerse y arrinconarse todavía más.

Se levantó e hizo una señal al otro policía, que salió rápidamente de la celda. Se detuvo en el umbral de la puerta.

—Voy a ver qué quiere Creix que hagamos con este y los otros desgraciados. Necesitamos el sótano para cosas más importantes. Franco llega en menos de un mes y hay mucho que limpiar. Barcelona está llena de desafectos. Y ahora mismo, después del atentado contra el director Quintela, no hay que descartar nada. Nada de nada. Estoy harto de decirlo en el Gobierno Civil, pero nadie hace caso. En fin, voy a recomendar su traslado a la Modelo, a la quinta galería, con los políticos.

El otro policía se rio ruidosamente mientras Fuentes salía dedicándole al preso una última mirada que oscilaba entre el desprecio y lo que a Albert le pareció un destello de compasión. Un pequeño parpadeo. Albert lo vio salir, desconcertado.

Lo último que oyó, antes de volver a mearse encima, fue la puerta chirriando desagradablemente mientras se cerraba, con un tono seco final, detrás del policía.